

# La Esfera

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

AÑO II.

Madrid, 27 de Mayo de 1894.

Núm. 48.

BELLAS ARTES



LA PENA DE AZOTES



CUADRO DE D. F. GALOFRE OLLER.



## EL SOMBRERO DE PULIDO

Nuestro querido compañero Juan Pérez Zúñiga va á poner á la venta uno de estos días, editada primorosamente, y con el título de *Piruetas*, una pequeña colección de composiciones en prosa y en verso, de las cuales entresacamos el artículo siguiente:



«Nicomedes Pulido era bohemio de nacimiento sin haber nacido en Bohemia.

Era jugador de oficio; pero, en cambio, se emborrachaba con frecuencia, y con aguardiente de Chinchón.

De calzado andaba medianamente; de ropa andaba mal, y de sombrero puede decirse que no andaba.

¡Qué sombrero el de Pulido!

El riego que las nubes solían enviarle no bastó para que creciesen sus mezquinas alas, á pesar de lo cual voló el sombrero infinitas veces á impulsos del viento; y tanto bollo recibió, que aquello ya no era sombrero, era una verdadera bollería.

Sus innumerables calvas habían sido tapadas con sustancias diversas, desde el betún craso hasta la salsa de calamares; pero últimamente lo repelía todo, y de negro se convirtió en berrendo.

De sus interioridades no hay que hablar; baste decir que desde muy joven quedó huérfano de forro.

En fin; los amigos de Pulido prodigaron tales *alabanzas* al sombrero, que nuestro hombre decidió buscar un medio de sustituirle por otro nuevo sin que le costase un cuarto, aun cuando él pensaba que á una mala cabeza debía corresponder un mal sombrero.

Después de meditar sobre este punto inútilmente durante muchos días, la Providencia se levantó cierta mañana de humor de proteger á Pulido en su empresa.

¿Cómo?

Vamos á verlo.

La Baronesa de Valdecosquillas, señora de grandes rentas y no pequeñas extravagancias, celebraba entonces famosas reuniones de confianza.

Didimo Galán, uno de los tertulios de la Baronesa, se había hecho amigo de Nicomedes Pulido en cierta casa de juego donde ambos acudían á despellejarse recíprocamente, y se le ocurrió proponer á la encopetada señora la presentación del bohemio en una de aquellas reuniones para que divirtiese á la concurrencia.

Porque hay que advertir que Pulido, cuando no era un *pellejo*, era un estuche, é imitaba perfectamente á los actores, á los cantantes, á los toreros y á los oradores más afamados.

¡Á cuántos animales imitaba!

El burro, el gallo, el mirlo, el buey, la rana, todos, en fin, eran remedados por él con facilidad asombrosa. Oír á Pulido era oír á un bicho cualquiera.

Yo creo que si se hubiera propuesto imitar el canto del conejo de Indias ó del percebe, lo hubiese logrado sin gran esfuerzo.

Cierta mañana del mes de Enero, cuando Galán y Pulido abandonaban la timba, entablaron el diálogo siguiente:

—La Baronesa de Valdecosquillas sabe corresponder á los favores que se le hacen. ¿Te cuadraría ir esta noche á su casa y lucir tus habilidades ante sus amigos?

—No me cuadraría; me redondearía. Porque supongo que nos dará algo de cenar, y precisamente para esta noche no vislumbro en lontananza ni unas tristes patatas, si en las patatas cabe tristeza.

—Pues esta noche vendrás conmigo.



—Corriente. Pero esta ropa.....

—Pierde cuidado. La Baronesa es excéntrica, y le harán gracia los sietes de tu levita y el tornasolado de tu pantalón.

—¿Y las manchas?

—¡Bah, bah! El sol también las tiene, y por eso no deja de ser un sujeto muy apreciable.

—Bien. ¡Pero este sombrero!.....

—Eso no te preocupe. Lo has de dejar en la percha.....

.....  
Llegó la noche.

Las últimas palabras del joven Galán habían impresionado agradablemente á Pulido, pues llevaba muchos días pensando cómo podría cambiar de sombrero, y veía próxima la ocasión de verificarlo.

La Baronesa esperaba con impaciencia al amigo de Galán, porque sobre haber despertado su curiosidad, iba á recordarla con sus gracias al difunto Barón, que poseyó en vida habilidades análogas á las de Pulido.

La presentación de éste fué notable.

—Baronesa, presento á usted á mi amigo Nicomedes Pulido, que tiene el don de imitar á los animales como su esposo de usted, que esté en gloria.

—Muy señor mío..... Tengo tanto gusto..... etc., etc., etc.

Omito aquí lo que sucedió en la reunión.

Allí se hizo de todo.

Y con decir «todo», está dicho todo.

Por fin llegó el momento supremo para Pulido.

Poco después de un ligero té, que defraudó sus esperanzas, y antes de que el desfile comenzase, el bohemio se dirigió al recibimiento, echó una rápida ojeada á todos los sombreros de la percha, y cogiendo el que le pareció más flamante, salió de la casa como alma que lleva el diablo.

.....  
Concluida la tertulia, y ya en la calle casi todos los asistentes, el último de éstos, que por cierto era brigadier, se volvía loco buscando su sombrero, y prefirió llevarse el viejo y sucio que quedaba en la percha, á lucir su calva por esas calles de Dios con el viento frío que reinaba. Así lo efectuó, no sin renegar del *distruido* caballero que le hiciera semejante cambio.

Al día siguiente devolvía el brigadier á la Baronesa una carta de ésta, que había encontrado entre las raídas badanas del sombrero.

La carta decía así:

«Sr. D. Nicomedes Pulido: Pareciéndome violento recompensar á V. en otra forma, y conociendo al mismo tiempo su situación, mando poner á V. en el forro de su sombrero, y bajo este sobre, los dos adjuntos billetes de 50 pesetas, para que haga de ellos el uso que mejor le parezca.—Suya afectísima,

*La Baronesa de Valdecosquillas.»*

.....  
La Baronesa, adivinando la treta de Pulido, se guardó los billetes.

Pulido empeñó inmediatamente el sombrero del brigadier, y éste vendió el de Pulido á un traperero por seis céntimos de peseta.

No sabemos qué le pasó á Pulido después; pero suponemos que tendría que comprar en el Rastro otro sombrero parecido al de marras.

¡Pobre Pulido!

No hace muchos días falleció en la calle del *Sombrerete*.

Era de esperar.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.





# GAJES DEL OFICIO



—¿Y dónde va á darse el golpe?

—En la calle de la Greda,  
junto á la choricería  
que hay bajando á mano izquierda,  
en casa de uno que ha sido  
de Aduanas, allá, en América,  
y que acaba de venirse  
con más dinero que pesa.  
Lo cual que, como comprendes,  
nos hacen falta herramientas  
*pa* el azto, porque las otras  
las dejamos en la tienda  
de comestibles el día  
que hicimos la última *tienta*.

—Se le piden al *Berzotas*.  
Conviene que no lo sepa,  
porque si no le dan parte,  
va y se *chiva* y nos revienta,  
como ocurrió en el asunto  
de la calle de Carretas.

—Te lo digo, porque creo  
que tiene la palanqueta  
que usaba el pobre *Benizno*,  
que en gloria esté.

—¡Que la tenga!

Compramos una de lance  
por tres ú cuatro pesetas,  
y así no hay *nesecidaz*  
de que él ni nadie se meta  
donde hace la misma falta  
que los perros en la iglesia.

—No me hagas caso, *Eluterio*.



—En este negocio no entra  
ninguno más que nosotros  
y el *Zurrón*.

—Como tú quieras.

—Mira, la cosa va á hacerse  
de la siguiente manera:  
El amo del cuarto vive  
sólo con la cocinera,  
y se va todas las noches  
á Apolo á ver la *Verbena*  
de la Paloma; es decirte,  
que hasta eso de la una y media  
no suele volver á casa  
nunca. ¿Comprendes la idea?  
—Sí.

—Bueno. Yo le he pedido  
*quereres* á la doméstica  
(que es, aquí *pa* entre nosotros,  
más bonita que una reina),  
y me ama tanto, que hoy día  
si la mando rodar rueda,  
porque cree que nos casamos.  
—Puede que no.

—¡Tengo pruebas!

—¡Entonces sí!

—De resultas  
de la *intimidaz* que media  
entre uno y otro, la he dicho  
que quiero tener con ella  
una entrevista en su casa  
mientras el amo está fuera,  
*pa* hablar de nuestros asuntos  
matrimoniales.

—¿Y *aceta*?

—La mujer hizo al *prencipio*  
su miaja de resistencia  
por el pudor, pero luego  
fué y dijo: «Lo que tú quieras,  
*Vitor*.» Conque hemos *quedao*  
en que la entrevista tenga  
lugar esta misma noche,  
si Dios quiere. De manera  
que nos vamos hacia allá  
entre doce y doce y media,  
*próximamente*, el *Zurrón*  
y nosotros; tú te quedas  
en la calle *pa* distraer  
al sereno y la pareja  
en cualquier tienda de vinos  
de por allí; *tan y mientras*  
nos colamos en la casa  
donde vive la *interfezta*,  
doy dos ú tres golpecitos  
con *suavidaz* en la puerta,  
la chica me está esperando,  
abre, me echo encima de ella







*pa* que no le choque, pongo  
al *Zurrón* de centinela  
junto á la muchacha, y luego  
limpio el local y *ecetèra*.  
Conque, ¿qué opinas, Felipe?  
—¡Que me río del *Candelas*  
á tu *lao*!

—Gracias..... pero oye.

—Qué.

—Que ahora caigo en la cuenta  
de que tienen perro.

—¡Atiza!

¡Pues entonces cualisquiera  
va y ejecuta el negocio  
*pa* que le rompan la cresta!

—Nosotros le ejecutamos,  
porque le pido la perra  
al señor Pepe, el sillero  
de la calle de las Velas;  
esta tarde, la llevamos,  
se ven, se huelen, congenian,  
y si sale mal el *golpe*,  
dejo que me corten ésta.  
Conque, ¿qué dices?

—Que estoy  
muy conteste con tu idea.

—¿De modo que irás?

—¡*Pa chasco*!

—¿Dónde te espero?

—Me esperas

á las diez, *próximamente*,  
en casa de la *Grabiela*.

—Pues entonces, hasta luego.

—Hasta luego.....

.....

—¡Anda, la *vertiga*!

Pero, ¿qué *sus* ha ocurrido?

—¿Pues no me ves la cabeza?

—Sí, pero.....

—*Na*, pues que *entremos*  
yo y el *Zurrón* y la perra  
en cuanto tú *introducistes*  
al sereno en la taberna;  
dí dos ú tres golpecitos  
con *suávidaz* en la puerta  
*supusiendo* que estaría  
*prepará* la cocinera,



y alzaron el picaporte  
y me dieron en la geta,  
sin avisar, una tanda  
de *mamporros* de primera,  
al tiempo que me decían:  
¡Granuja! ¡Ladrón! ¡Boceras!  
El *Zurrón* salió de *naja*,  
*prencipió* á ladrar la perra  
al ver que el perro del otro  
no armonizaba con ella,  
y entonces salió el vecino  
del bajo de la derecha  
con un pedazo de estaca  
más gorda que mi muñeca,  
y entre los dos me pusieron  
el cuerpo como una breva,  
después de que me *limpiaron*  
dos puros y tres pesetas.  
—¡Vaya una *pata* que tienes,  
*Vitor*!

—Es *verdaz*, pero estas  
lesiones van á costarle  
disgustos á la doméstica.  
—¡No te cebas en la pobre!  
—¡Mira que no! *Pa* que sepa  
que á mí cuando me hacen una  
me la pagan de cabeza;  
*dende* hoy ya no la dirijo  
ni el saludo tan siquiera.

J. LÓPEZ SILVA.





# LA MUJER DE HORTELANO

Dibujos de Gilla.



1



2



3



4



5



6



7



8



# HIPNOTISMO

## y adivinación del pensamiento humano



Lo peor que se puede hacer, es discutir sobre hechos que no se conocen ni se han estudiado, que no se ha puesto uno nunca á averiguar si son ó no verdad, ni se han leído siquiera.

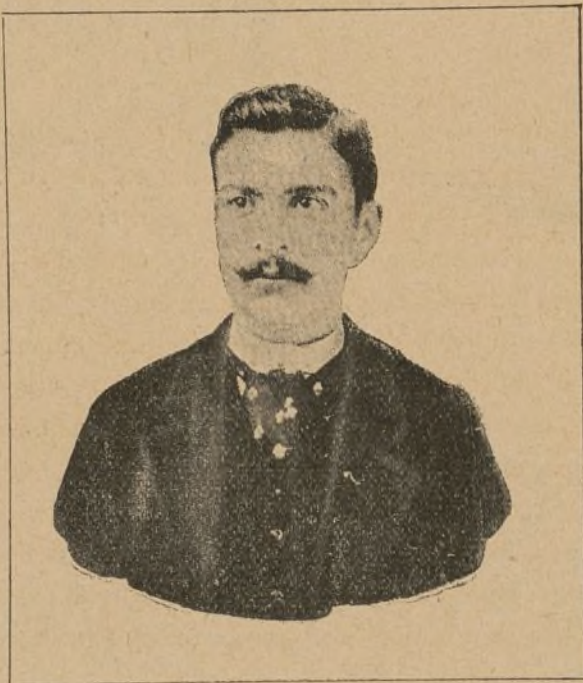
Esto es lo que pasa, y no dejará de pasar en mucho tiempo, respecto á los experimentos hipnóticos, hasta que poco á poco vayan ilustrándose en estas teorías todas aquellas personas que hoy discuten acaloradamente su veracidad y otras cosas prolijas de enumerar en este artículo.

La existencia del hipnotismo es sin duda tan antigua como el mundo; los *Fakirs* practicabanle en la India 2.000 años antes de Jesucristo; en un manuscrito egipcio, escrito cerca de 30 siglos antes de la Era Vulgar (el *Papiro-Mágico*), ya se consignan hechos de hipnotismo. Los hebreos consultaban á las pitonisas, y en Grecia y Roma se siguieron repitiendo estos hechos en igual forma. *Esculapio* se dice que curaba hipnóticamente, y en los templos de estos países, la hipnosis era conocida y practicada.

Para esto no hay más que recordar lo que sucedía en el templo de Apolo en Delfos: la sacerdotisa, sentada en el trípode colocado sobre una abertura del abismo, se agitaba en medio de violentas convulsiones, y se producía en ella un estado extático, durante el que pronunciaba palabras y frases misteriosas, que eran recogidas como inspiración divina.

Durante la Edad Media la historia de la hipnosis se confunde con la de la brujería, y es sabido que en todas las épocas recorrían con frecuencia el mundo gran número de hombres y mujeres practicando el hipnotismo ante los asombrados pueblos.

El irlandés *Greatrakes* recorrió triunfalmente la Inglaterra, curando enfermos por medio de procedimientos hipnóticos, como la imposición de manos y los pases que luego había de resucitar *Mesmer*, llegándose á creer en aquel tiempo que era un enviado de Dios.



D. José Hermann.

sar de practicarlo, conozco, si, sus efectos, pero no sé á qué causa obedecen.

Difieren notablemente de los fenómenos hipnóticos, los que caracterizan el estado que se conoce con el nombre de *fascinación* ó *donatismo*.

Mediante un procedimiento bastante complicado (que yo practico), el sujeto cae en una especie de embriaguez con pasividad psíquica, que le arrastra á seguir la tenaz y dominadora mirada de su magnetizador y á convertirse en un verdadero autómatasuyo, como impulsado por irresistible atracción.



Para poder ejercitar este procedimiento es indispensable contar con una fuerza de voluntad extraordinaria.

En la práctica, los resultados que obtengo son exclusivamente debidos á la acción de la mirada, la cual produce una sacudida rápida é improvisa en el sistema nervioso, pero sólo en el de las personas pre-dispuestas por sus especiales condiciones de temperamento.

El procedimiento es el siguiente:

El sujeto sometido á la prueba, coloca las manos sobre las del hipnotizador, apoyándose con fuerza y puestos en violenta contracción los músculos de los miembros y del tronco. Entonces el experimentador pone su cara á poquísima distancia de la del paciente. A los pocos momentos, éste siente un cansancio y una laxitud especialísimos; acórtase la respiración, se padece una sensación á modo de vértigo, sin perder el conocimiento, pero viéndose todo confuso, y poco á poco no se perciben más que los dos ojos del experimentador, que acaban por confundirse en un solo punto brillante. En este período es imposible resistir el impulso del hipnotizador; se anda automáticamente, y entonces un soplo en el rostro del hipnotizado devuelve á éste el uso de sus facultades. Este es el procedimiento empleado para obtener *el primer período* de hipnotismo.



Ahora voy á presentar algunos experimentos.

El aspecto de un hipnotizado en catalepsia es el de un sujeto inmóvil é im-pasible: los ojos abiertos, fijos, sin mirar y sin parpadear; es una estatua mo-vible y dócil, que toma todas las actitudes y gestos que se quieran comuni-carle, sosteniéndolos sin fatiga y por mucho rato.

La catalepsia rígida va siempre acompañada de una verdadera contractura; se le levanta un brazo verticalmente al sujeto, y ni la fuerza de tres ó cuatro hombres es suficiente para vencer la resistencia que opone. Sólo la sugestión consigue romper siempre este estado, y debidos á la sugestión son todos los experimentos que realizo.

El individuo hipnotizado hállase completamente aislado del mundo exterior, cuyas impresiones no le llegan de ninguna manera, pareciendo estar esperando la idea del hipnotizador para ejecutarla, con la docilidad que el aparato receptor del teléfono reproduce las pala-bras dichas sobre el aparato transmisor.

De esta suerte, cuando yo quiero hacer reir á un hipnotizado, no tengo más que sugerirle, por ejemplo, lo siguiente: *¡Mira qué bonitos muñecos hay allí!*; le toco debajo de la barba y empieza á reir como imposible fuera en su estado normal; y si repentinamente quiero hacerle llorar, no tengo más que sugerirle otra idea, por ejem-plo, decirle: *Te has equivocado; aquello que ves no son mu-ñecos, que es el entierro de una persona para ti muy querida.*

También á un sujeto en sueño hipnótico le puedo hacer fumar una vela, ó bien comérsela con sólo sugerirle la idea de que es un cigarro ó un caramelo, obedeciendo siempre á mis ideas.

Inútil es, pues, describir aquí la infinidad de experimentos que de impresión de calor, frío, etc., etc., puedo ejecutar con un hip-notizado, en la creencia que todos mis lectores habrán tenido ocasión de verlos en espectáculos públicos.







En cuanto á adivinación del pensamiento, entonces soy yo quien, por un esfuerzo violento de mi poderosa voluntad, la concentro sin saber cómo en el vehemente deseo de transmitir un mandato de otro cerebro, entonces imperante.

En este caso, carezco por completo de conciencia en la comprensión del acto que llevo á realizar, y puede decirse que mi cerebro no tiene más resortes disponibles que aquellos que inician el movimiento de mis músculos, sobreexcitados y temblorosos. Mi temblor es el de la atención fija en la práctica de una sucesión de actos que sólo conozco después de ejecutados.

Yo sufro durante la experiencia el ansia por realizarla lo más correctamente posible, y mi esfuerzo de atención hace latir mi corazón de 130 á 190 pulsaciones, según el trabajo muscular á que se me obliga.

José HERMANN.



---

## PREMIO Á LA VIRTUD

---

### I.

Y á recoger el premio  
á la *Virtud heroica* ofrecido,  
presentóse una joven guapa, esbelta,  
de porte airoso y de mirar altivo.  
—Sigue siendo, hija mía, honrada y pura  
—le dijo el Arzobispo,—  
que, aunque á veces de espinas erizado,  
ese es para ir al cielo el gran camino.  
Colocóla en el pecho una medalla,  
entrególa un diploma y un bolsillo,  
y entre palmas y vítores y bravos  
volvió la honesta joven á su sitio.  
¡Bien aquellos aplausos merecía!....  
¡Ahí es nada lo que hizo!  
Después de horrible lucha, cierta noche,

tiró por la ventana á un libertino,  
que en vano pretendió victima hacerla  
de su brutal instinto.....  
Corrió gran riesgo, se jugó la vida,  
mas conservó el honor intacto y limpio.

### II.

Inolvidable Pepe: de once á doce  
te espero..... Ya mamá se habrá dormido.  
Á ti no te he de echar por la ventana  
como á aquel..... espantajo..... ¡Vaya un tipo!  
Conque no faltes, ¿eh?.... Tuya..... (Aquí el nombre  
de aquella joven de mirar altivo,  
que por pura y honesta ganó el premio  
á la *Virtud heroica* ofrecido.)

JULIO ROMERO GARMENDIA.



# CLARO

Porque los días de fiesta  
siempre va Felisa á misa,  
muy arreglada y compuesta,  
tiene su madre á Felisa  
por devota y por dispuesta.

Pero la infeliz no ve  
que es víctima de un engaño,  
y deja á su hija que  
vaya á misa á San José  
todas las fiestas del año.

Mas la gente la critica,  
y, con perversa intención,  
nunca falta quien indica  
que no va á misa la chica  
por cristiana devoción.

Y censuran á su madre,  
y á su tía, y á su abuela,  
y á su tío, y á su padre,  
y al resto, aunque mal le cuadre,  
de toda su parentela.

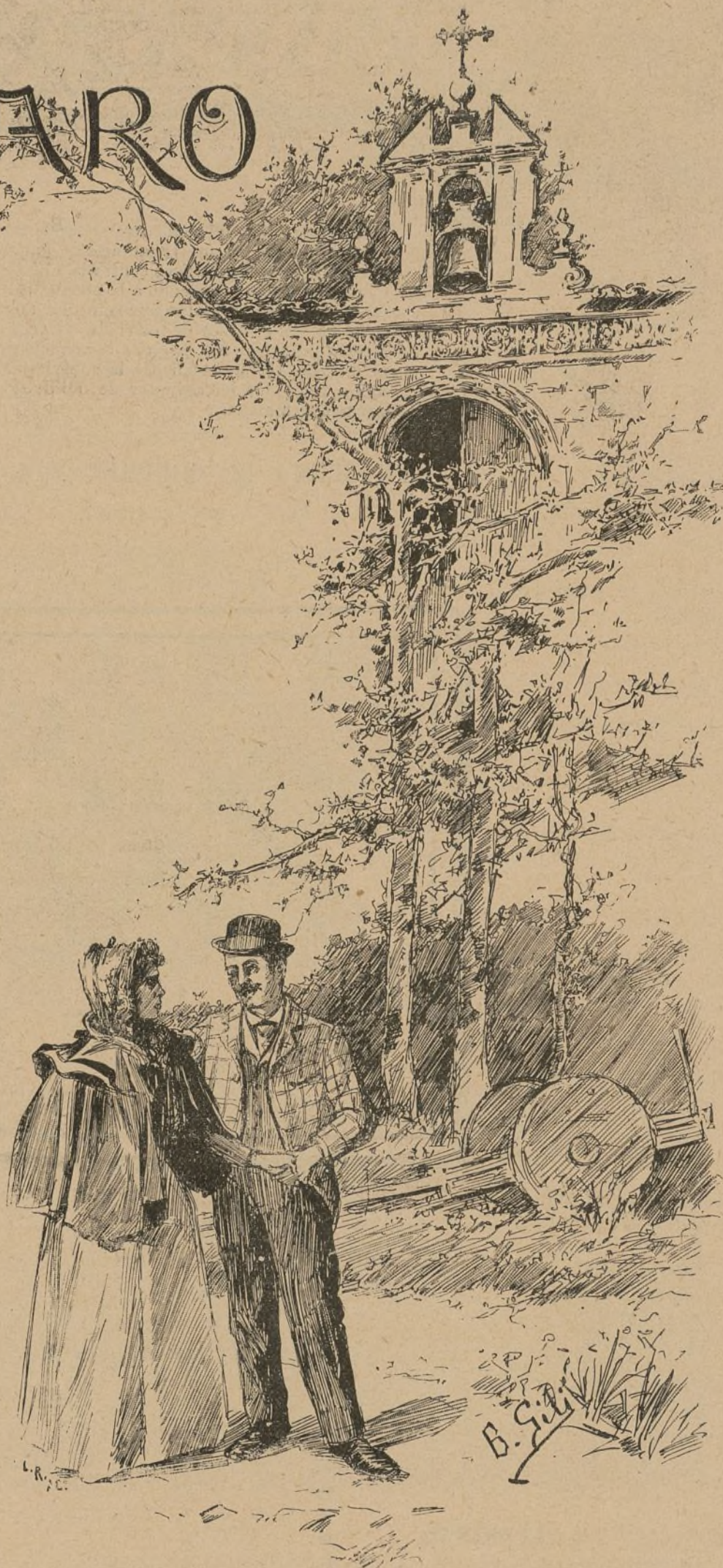
Porque las disposiciones  
de Felisa estriban sólo,  
igual que las devociones,  
en que tiene relaciones  
amorosas con Manolo.

Pero la madre hasta ahora  
no ha descubierto la treta,  
y como todo lo ignora,  
no cree, la buena señora,  
que es su hija tan coqueta.

Y manda á misa á Felisa,  
en la idea de que sólo  
va la muchacha á oír misa,  
y Felisa se da prisa  
por ir á oír..... á Manolo.

¡Qué extraño es que la bondad  
de la hija tanto alabe  
su madre con vanidad,  
cuando la mujer no sabe  
de la misa la mitad!....

[ DEUSDEDIT CRIADO.







Recomendamos el verdadero Hierro Bravais, adoptado en los Hospitales de París y que prescriben los médicos contra la Anemia, Clorosis y Debilidad; dando á la piel del bello sexo el sonrosado y aterciopelado que tanto se desea. Es el mejor de todos los tónicos y reconstituyentes. No produce estreñimiento, ni diarrea, teniendo además la superioridad sobre todos los ferruginosos de no fatigar nunca el estómago.

## PRUEBA

Por testigo á Dios yo pongo de la siguiente aserción: no hay jabón como el jabón de los PRÍNCIPES DEL CONGO.

Jabonería Victor Vaissier, place de l'Opera, 4, París.

## CHARADA

POR A. NOVEJARQUE

Segunda-primera, la prima-segunda, primera de todo.

## PREGUNTAS

POR A. NOVEJARQUE

I.

¿Cuál es el nombre de varón que, quitándole una letra, resulta otro nombre?

II.

¿Cuál es la flor que, cambiándole una letra por otra, resulta una hortaliza?

III.

¿Y cuál es la palabra que da:  
Un numeral.—Un pueblo.—Y militar?

## EPIGRAMA, POR M. MARZAL

*Un beso, así intituló don Javier á cierta obrilla, y una vez á su costilla esta nota la mandó:*

—«No me esperes á comer, porque como con Vicente, y al dador de la presente dale un beso;

*tu Javier.»*

## PRECIOS DE SUSCRIPCION A LA GRAN VIA EN TODA ESPAÑA

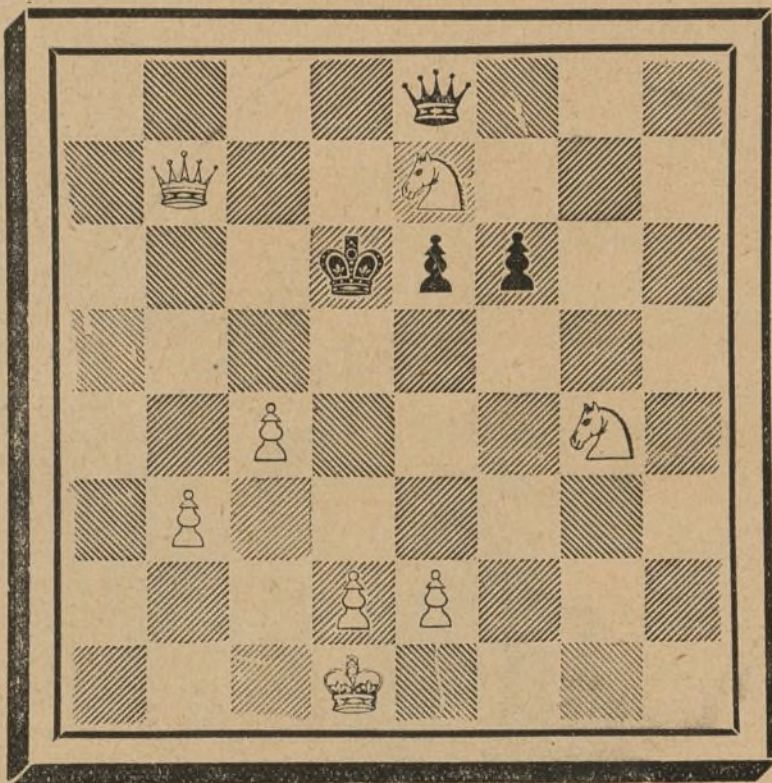
Trimestre 2 ptas.—Semestre 4.—Año 8  
Ultramar y Extranjero: Año 15 francos oro.

DERECHOS RESERVADOS.

## PROBLEMA DE AJEDREZ NÚM. 2

POR A. NOVEJARQUE

## NEGRAS



## BLANCAS

(8 B. y 4 N.): 12 piezas.

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

## SOLUCIONES

A LOS PASATIEMPOS DEL NÚM. 47

## AL ANATÓMICO:

T I B I A  
R A D I O  
A S T R Á G A L O  
P E R O N É  
E S T E R N Ó N  
C Ú B I T O  
I L I A C O  
O M O P L A T O

A LA INCÓGNITA: C.—Ramona, Carmona.

## AL MOSAICO:

C A N  
A G A T A  
N A C E  
T E  
A

AL ANAGRAMA: Juan Pérez Zúñiga y Luis Taboada.

## AL SALTO DE CABALLO:

Al dilettanti Amadeo, que no sabe sino aullar, los jóvenes del lugar han dado en llamarle «Orfeo». Y yo digo que á tal hombre hacerle es mucho favor; mas, si le quitan el «Or» queda con su propio nombre.

## A LA COMBINACIÓN:

B Á R B A R A  
M C A A L  
A Á R Í E  
R C C R A  
C A S T E L L Ó N  
E M L R D  
L L O E R  
A A N S A  
E U L A L I A

## A LAS PREGUNTAS GEOGRÁFICAS:

I. Valencia—Palencia.—II. Baena—Baeza.—III. Lérida—Mérida.

Las soluciones de los pasatiempos de este número se publicarán en el siguiente.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES QUE SE NOS REMITAN

DR. BALAGUER, PRECIADOS, 25

INSTITUTO DE VACUNACIÓN DE TERNERA

Est. tipográfico «Sucesores de Rivadeneyra»